

“Politeia” (La política)

Escribe: MANUEL BRICEÑO JAUREGUI, S. J.

Introducción a una nueva versión castellana de Aristóteles (1).

Se trata solamente de *La Política*, una versión reciente que está en proceso de publicación. Aristóteles sostiene que la felicidad completa del individuo no es posible sino en la sociedad, especialmente en la *polis*, que es la sociedad por excelencia. El individuo no puede por sí mismo satisfacer sus necesidades materiales ni alcanzar la virtud. Para mostrarlo examina primero los diferentes grupos humanos, a partir de la familia; analiza luego las diversas *politeias* (constituciones) de entonces, algunas de las cuales condena. Distingue —siguiendo a su maestro Platón— tres *politeias* (formas de gobierno) legítimas —monarquía, aristocracia, democracia—, que dan lugar a su vez a tres desviaciones de las mismas —tiranía, oligarquía y demagogia respectivamente—. Termina señalando la importancia humana y cívica de la educación.

He ahí en síntesis el contenido de esta obra a la cual tanta importancia se está dando de nuevo en las universidades. Siempre la ha tenido, sino que en estos tiempos se ha visto la necesidad de volver la mirada al pasado y al pensamiento definitivo de los genios. Y con razón.

I - LA TRADUCCION

a) *Versiones españolas*

La primera versión española realizada sobre el original la hizo Pedro Simón Abril y la publicó en Zaragoza (1584). Desde entonces varias han ido apareciendo en castellano, aunque vertidas no del griego sino del francés, basadas en la traducción

de Barthélemy Saint-Hilaire, en la latina del español Juan Ginés de Sepúlveda (1548), o en la de Charles Thurot: tales, por ejemplo, la de Patricio de Azcárate, reeditada numerosas veces, la de Zozaya (Madrid, 1885), la de F. Gallach Polés (Espasa Calpe, 1933) (2), la de Nicolás Estévanez (París, Garnier, 1920), [Natividad Massanés (Barcelona, Ed. Iberia, 1954)], otras.

Recientemente se han vuelto a interesar en *La Política* y han traducido de los originales al castellano, eruditos de la talla de Julián Marías y María Araújo (3), Antonio Gómez Robledo (4), Francisco de P. Samaranch (5), Julio Palli Bonet (6). Y aun cuando todas tienen indiscutible mérito y aciertos extraordinarios, todavía el pensamiento del Estagirita esquiva muchas veces —como de seguro sucederá en la nuestra— sus pesquisas, y en ciertos lugares los desafía con la oscuridad.

Estas dificultades se deben, en parte, al estado actual de los manuscritos (7), en parte a la circunstancia de que son notas para ser explicadas en clase. A estas se van añadiendo reflexiones sucesivas, de diversas épocas que dejan su huella, en estilo familiar, sugeridas por la discusión, tratadas repetidas veces y desde distintos puntos de vista —filosóficos, políticos—, que se enriquecen sin cesar con ideas nuevas, realistas, positivas. Y cada vez se añaden más observaciones, correcciones de carácter provisional quizás, e interpelaciones —puede ser— de los discípulos al hacer las copias.

La Politeia es síntesis de las reflexiones de toda una vida: no puede, por consiguiente, ser sino el resultado de una lenta elaboración. Es la colección de esos cursos dictados, especie de ensayos o *μέθοδοι*, reflejo de un pensamiento único. En Atenas, es sabido, los alumnos toman notas en las aulas de clase de los grandes profesores, como el propio Aristóteles, discípulo de Platón, las toma de su maestro (8). Así se explica la falta de homogeneidad del texto, y ciertas inconexiones, saltos bruscos, enfoques diferentes. El estilo mismo del Estagirita, sin pretensiones literarias ni demasiada atención a la forma, da la sensación de que para el autor la lengua es un simple medio de comunicación intelectual, sin el encanto poético de Platón.

Y no hay motivos para dudar de la paternidad, en su conjunto, de uno y mismo autor. Lo prueban cierta combatividad propia del Estagirita, la circunspección de las conclusiones y

alusiones a hechos contemporáneos, la originalidad del pensamiento de quien trata de un sistema en elaboración, no de un sistema terminado, que ha conocido los días de libertad y grandeza anteriores a la batalla de Queronea, los del imperio de Filipo, no de Alejandro Magno, que habla de las opiniones de Platón y de las escuelas socráticas, no de épocas posteriores... (9).

b) *Vocabulario*

Retornando a las versiones españolas, y sean cuales fueren las dificultades, ello es que no hay traducción que convenza plenamente. Sin que hayamos nosotros pretendido llenar ese vacío. Otra ha sido la intención: un propósito más modesto, como vamos a explicar.

Traducir a Aristóteles es difícil y es lento. Impone, al igual que su lectura en romance, un esfuerzo para asegurar el acercamiento a sus ideas. Un obstáculo, empero, es el calor local y el colorido temporal, la constante referencia a personas, hechos e instituciones cuya memoria se ha perdido siglos ha, o ya no es familiar para nosotros.

Poner en contacto directo a nuestros contemporáneos con Aristóteles, es decir, dar a las páginas traducidas del viejo maestro todo el trato que facilite, en el castellano de hoy, el acceso y la asimilación, es ardua empresa. Para ello debe rejuvenecerse, o reconstruirse, o inventarse parte del vocabulario, que responda lo más posible al del original, que tenga resonancia idéntica de términos políticos y jurídicos propios, que reanimen el fuego dormido de un pensamiento inmortal. Por eso nosotros conservaremos muchos términos del pasado, como los empleó Aristóteles, con la aclaración indispensable en notas al pie de página.

Hemos tratado de innovar en alguna forma, llegando tal vez más adentro, al emplear un lenguaje desconocido a veces, pero usado ya con contornos definidos por el Estagirita. Al traducir para gente de nuestro tiempo una obra maestra de trasfondo netamente helénico, justo es conservar —creemos nosotros— algo siquiera de su viejo sabor y colorido. El pensamiento de Aristóteles es netamente griego, habla de su mundo griego, lo describe, lo critica, cita anécdotas de entonces, emplea el lenguaje que viven sus discípulos y lectores, trata de una forma de vida social, de organizaciones y regímenes que co-

rresponden a una sociedad de tipo definido, como de hecho se da en las circunstancias que él palpa a su alrededor. Y como él insiste en sus puntos de vista, luego hemos de entenderlo desde ahí, desde ese tipo de sociedad de donde reflexiona, desde el modo de vida que condiciona sus ideas.

El vocabulario que emplea el sabio está cargado de voces creadas ya, a las cuales fija un sentido determinado, palabras que ocurren a cada paso, que en el campo político son de uso corriente en Grecia.

Pero, ¿cómo expresar con vocablos castellanos —sin dar un rodeo en la traducción o sin recortar el significado— ideas tan precisas como *polis*, *file*, *fratría*, *bule*, *buleuta*, *autarquía*, *sofrosine*, *polifilia*, *oligantropía*, *sineco*, *epeco*, *taxiarca*, *trierarca*, *híloro*, *anancofagia*, *catarsis*, *péctide*, *atimia*, *próxeno*, *xenelasia*, *aulética*, *sinecismo*, *eunomía*, *coregia*, *lampadarquia*, *demótico*, *potagógides*, *otacusta*, *ponerófilo*, *sinemereuta*, *pambasileia*, *hetaira*, *politofílaques*, *penestes*, *sisitia*, *esimneta*, *hiparca*, *locagio*, e infinidad de términos más? ... Es el filósofo quien emplea el nombre técnico en su lengua propia. Muchas voces, que creemos equivalentes, han pasado al español con significación moderna. Los vocablos, empero, del maestro, precisos en su mundo, son intraducibles con frecuencia, si queremos decir lo que él dijo. Nuestra *moderación* no es exactamente *sofrosine*, ni *organización tribal* es una *file*, ni un *vecino* es un *sineco*, ni una *detective* es una *potagógide*. Esta voz última, por ejemplo, indica una mujer que hoy llamamos detective. Pero en griego, literalmente, es “la que lleva noticias, la que anda cazando nuevas para provecho de otros, agente provocadora de los tiranos”. Esto en un ambiente democrático heleno. Todos esos términos tienen una connotación definida que no la dan voces modernas simplemente.

De manera que a ideas precisas hay que darles nombres precisos, así sean vetustos y para nosotros nuevos por el trasfondo. *Sunt enim rebus novis nova ponenda nomina* (10) ...

Podríamos enumerar cantidad de “tecnicismos”, aplicados otrora por el Estagirita a la ciencia política, de uso común en su mundo contemporáneo. ¿Por qué no introducirlos de una vez en nuestra lengua, si el griego es una de las fuentes limpias, enriquecedoras del español?

Examinemos la palabra *polis*. Aristóteles no habla sino de *polis*, “ciudad” (*πόλις*), jamás habla de “estado”, “ciudad-estado”. Esta voz latina (*status*), en el sentido actual entró tardíamente en nuestro idioma (S. XVI), por influjo quizás del francés (*état*), o del italiano (*stato*), en particular, de Maquiavelo. En Aristóteles, *polis* no corresponde a la idea de pueblo, aldea, municipio, ciudad, sino más exactamente a la que hoy se tiene de “estado” que, en Atenas, es más vasta que la capital, pues abarca el territorio agrícola, los campos aledaños, el Atica misma dividida en fincas y villorrios.

Polis es, pues, expresión del fenómeno geográfico y del político: es el lugar donde palpita la ciudad y es también la población sumisa a su soberanía absoluta (11). *Polis* es una comunidad compuesta de gobernantes y gobernados, un todo compuesto de partes (12), no una mezcla cuyos componentes forman una entidad nueva; es una *síntesis* (13), una unión de elementos simples que subsisten como tales en el interior del compuesto. Siendo un todo, la *polis* se compone de elementos dispares (14) de los cuales los unos mandan y los otros obedecen (15); sus partes, es decir, los individuos están —con relación a ella— como las partes de cualquier todo frente a ese todo (16).

Por eso (17) nunca traducimos “ciudad”, ni “ciudad-estado”, como se lee a veces. Decimos simplemente *polis*, que es como dice Aristóteles.

Otro ejemplo: *Politeia*, en la traducción nuestra, preferimos dejarla en la forma original. En las versiones corrientes, incluso en la de Julián Marías y en la de Gómez Robledo, es traducida por *constitución*, *régimen*, *configuración del régimen establecido*, *república* (!) y otros. Mas para el mismo Aristóteles *politeia* es el derecho de la *polis* de participar en la vida política o, para emplear sus palabras, “*politeia* es la ordenación de las magistraturas de una *polis*, en especial de las más altas entre todas” (18). Y añade: “El *politeuma* de una *polis* es [la] suprema [autoridad] donde quiera, y *politeuma* [o sea, el cuerpo cívico que disfruta de los derechos políticos], es, en suma, la *politeia*. Digo, por ejemplo, en las democracias el pueblo es soberano, en las oligarquías, por el contrario, la minoría: decimos entonces que la *politeia* de estas es diferente”. Luego explica: “*Politeia* y *politeuma* significan lo mismo: *politeuma*

es lo soberano de la *polis*, y necesariamente soberano es uno o pocos, o la mayoría. Cuando uno o pocos o los más gobiernan por el bien común, rectas son esas *politeias* lógicamente..." (19).

En otro lugar aclara aún más (20), diciendo que "*politeia* es la organización de oficios en la *polis*, [la cual fija] cómo se distribuyen, cuál es el elemento [soberano] de la *politeia*, y cuál es el fin de cada comunidad". Ese derecho de participación se concretiza en las formas particulares de organización de la *polis*. Por eso agrega: "Hemos distinguido tres *politeias* justas: monarquía, aristocracia, *politeia*..." Pero la *politeia* determina a la vez la competencia de los poderes deliberativo, judicial y ejecutivo, y al mismo tiempo define en quién reside la soberanía de la *polis*.

El término *politeia* tiene alcances muy altos. El fin de la *polis* es la felicidad de los ciudadanos. Lo cual puede lograrse de diversas maneras: de ahí las distintas formas de organización política. De ahí también que Aristóteles deba determinar cuántas variedades hay de *politeias* (21). Hasta llegar a una definición concreta (22): "*Politeia* es [...] una organización de oficios que todos se distribuyen según el poder de los que participan, o según cierta igualdad, digo, por ejemplo, de pobres y de ricos, o común a ambos. En consecuencia, debe haber tantas *politeias* cuantas organizaciones, según hay superioridades y desigualdades en todas partes". Y todavía en otro pasaje (23) dice que "la ley debe gobernar sobre todos (en general), en los detalles los oficiales [públicos]: y esto es lo que se considera *politeia*". Añadiendo después (24) que las oligarquías "otorgan al propietario de bienes su participación [en el gobierno] y, por ser mayoría los participantes del *politeuma*, necesariamente las soberanas son las leyes, no los hombres". En una palabra, "*politeia* es, en cierta manera, vida de la *polis*".

Y *Politeia*, en su sentido general, no es solamente una organización jerarquizada de las diferentes magistraturas sino también *un estilo de vida* correspondiente a un ideal particular (*orden moral*); en su sentido particular, *politeia* designa el conjunto de los ciudadanos —el *cuerpo cívico*—, como *politeuma* la constitución moderada o mixta que, por falta de otro término, Aristóteles llama *politeia* (25).

En resumen: *politeuma* es el cuerpo de personas que disfrutan de plenos derechos cívicos bajo la *politeia*, y esta —en

el vocabulario del Estagirita— significa: a) el cuerpo de ciudadanos, b) la constitución, c) toda la estructura de la *polis*. De modo que esta, cualquiera sea su régimen, se apoya en la existencia de la ciudadanía y en la manera como se distribuyen los oficios. Es decir, que el tipo de *politeia* depende del número y calidad de los ciudadanos. La palabra *politeia* refleja la *unidad* (no sólo la suma) de estos, el *cuerpo vivo* compuesto de gobernantes y gobernados, y la *vida política* que es y debe ser la vida y naturaleza de los ciudadanos.

Como se ve, el filósofo emplea la palabra en diversos sentidos. Los fundamentos son, uno genérico y otro específico. El primero hace referencia a la “organización política”, y así lo hemos traducido. El segundo a una forma de organización política “particular” o temperada, por ser la mezcla de dos sistemas (democracia y aristocracia). En otros casos, la palabra *politeia* presenta matices más sutiles, y entonces hemos tratado de aclarar el sentido en nota especial.

Pues bien, conociendo la insistencia del autor —usa el término *politeia* más de quinientas veces— en los diversos matices típicamente helénicos de esta palabra, ¿cómo atrevernos a traducirlo por algo tan ajeno al pensamiento aristotélico como *república, estado, gobierno* (simplemente), *constitución, régimen, etc.*, sin traicionar el original? Por eso, dados estos sentidos específicos, decimos que optamos por conservar la palabra griega *πολιτεία*, con todo lo que significa según cada contexto.

En sana lógica debiéramos decir también *polites* *πολίτης* en vez de *ciudadano*, porque no es exactamente lo mismo para los griegos que para nosotros. *Polites*, en efecto, es el que participa de los *ἀρχαί* y de los tribunales y asambleas populares, y se identifica con el *hombre político*, es decir, con el que retiene permanentemente las responsabilidades del gobierno. Por consiguiente, dice mucho más de lo que para nosotros significa la simple palabra *ciudadano*. (cf. *Polit.* 1275 a, 22-24; 1275 b, 17-21; 1278 a, 35-37). Pero no hemos empleado ese término por no hacernos demasiado *singulares*. Basten los neologismos más necesarios.

Esta es la primera novedad de nuestra versión y, en parte, la razón de numerosas notas.

c) Orden de los libros

La segunda característica es el seguimiento del texto griego tradicional, según la edición de Oxford, que en varios puntos difíciles y discutidos se aparta de la célebre de W. L. Newman y de otras ediciones críticas. Y aquí es el momento de tocar —siquiera sea de paso— el problema del orden de los libros: pues muchos eruditos, invocando una lógica rigurosa, exigen cierto orden especial. Dos opiniones, en líneas generales, se ofrecen al respecto (26):

La primera, seguida por muchos doctores y sabios como Nicolás Oresme, en el siglo XIV, al cual siguen Spengel, Brandis, Zeller, Susemihl, Newman y otros, es: que los libros IV, V y VI sería más lógico colocarlos después del VII y VIII. La razón es que, por ejemplo, las palabras finales del III son casi idénticas a las iniciales del VII, de donde se infiere, entre otros argumentos, que —si no son añadidura de amanuense— el autor colocó los libros VII y VIII antes del IV - VI, o que esa por lo menos fue su intención. Y podría probarse aún más con multitud de casos y detalles.

Según eso, el orden tradicional de los libros de la *Politeia* debe cambiarse. Y ¿no pudiera acaso el final de este libro y, aún posiblemente íntegro, ser una añadidura posterior? El asunto no es claro (27). Las hipótesis de los eruditos se fundamentan en razones y documentos que unos admiten y otros “cuestionan” (28).

Una opinión radical de ciertos eruditos es que los escritos más conocidos del Estagirita fueron redactados, en un largo período de tiempo, por “algunos miembros más sobresalientes de su escuela” (29). Andrónico de Rodas, según ellos, combinó las conferencias dadas por maestros aristotélicos, atribuyendo los resultados al de Estagira (30).

El asentimiento más general, sin embargo, es que partes de la *Politeia* sí son del propio filósofo. Mas ¿la obra, tal como hoy la tenemos, es de Aristóteles, o es una compilación de las clases de este y de Teofrasto, o de otros? (31) *Hic sudant interpretes*.

Ahora, tornando al orden de los libros, W. L. Newman explica que si, tomados los tres primeros, los examinamos y nos preguntamos cómo armonizan entre sí, la respuesta será que,

aun en ellos, hay falta de unidad (32). El IV y el V no son ciertamente una secuela satisfactoria de los tres primeros (33). Entre estos, a su vez, hay notables discrepancias (34). Y es posible que estos últimos, igual que el VII, no hayan sido originalmente escritos para ser incluidos en la obra sino incorporados más tarde; y, como están bastante relacionados con el II, no nos queda otro camino que “confesar que [realmente] nosotros no podemos penetrar en los secretos de la elaboración o —tal vez mejor— en la escuela peripatética” (35).

Más notorio es el rompimiento al pasar a los tres últimos libros. Muchos vínculos existen entre los dos grupos. No sólo en el I se hallan “anticipaciones” de las enseñanzas del II, sino que en ambos aparece el doble propósito —el de verdad científica y el práctico (36)—. De todo parece deducirse que los IV y V se compusieron antes del VI y del VIII. El VII es probablemente un tratado independiente, insertado luego entre el VI y VIII que son anteriores. La prueba es que en ninguna parte se hace referencia a los demás, y tiene otras peculiaridades (37).

Puédese, empero, replicar —y con razón— que en muchos pasajes de la *Politeia* dice Aristóteles que ya habló de algo o que va a hacerlo más tarde; y eso más bien indica que, o ha escrito un libro sobre la materia, o que se propone hacerlo después, pero no es necesariamente referencia a ningún pasaje del presente libro. Un ejemplo (aducido por el Prof. Ross (38) es este: al finalizar la *Ética a Nicomaco* (39) habla de una obra que versará sobre tema político, cuyo orden de ideas coincide exactamente con la estructura de la actual *Politeia*, en forma tal que colocar los libros IV - VI después del VIII sería alterar la mente del filósofo.

La segunda opinión, seguida por el texto griego de Oxford, es el orden de los códices y manuscritos, y es el que aparece en nuestra versión. Se basa, entre muchas razones, en que el Estagirita mismo dice cuatro veces en el libro VI (40) que ya habló de ciertos temas, que se tratan exclusivamente en el libro anterior, es decir, en el V.

Por otra parte, la relación de los libros IV a VI con el resto de la *Politeia* es un problema obvio, discutido aun por aquellos eruditos que sostienen que Aristóteles compuso la obra íntegra (41). En efecto, estos libros difieren notablemente de

los tres primeros y de los dos últimos. Una explicación plausible es que los libros en cuestión incluyen clases de Teofrasto y fueron insertadas por Andrónico de Rodas (42), según dice Marco Tulio (43), quien a su vez parece describir el contenido de tales libros. Pero Cicerón atribuye a Teofrasto el ser el único que trata del tema: “De Aristóteles —escribe— aprendemos las maneras, costumbres e instituciones; de Teofrasto las leyes asimismo de casi todos los estados [*polis*] no sólo de Grecia sino también de los bárbaros. Ambos describen las características propias del estadista, y ambos escribieron largos estudios acerca de la mejor forma de *politeia*. Sólo que Teofrasto trató el asunto con más extensión, discutiendo las fuerzas y ocasiones de cambio político, y su control a medida que lo exijan las circunstancias”. Y en otro lugar (44) el mismo escritor romano parece sostenerse en la misma idea, “basado en las investigaciones de los más sabios escritores griegos” (45).

En todo caso, “no puede negarse —escribe Lesky (46)— que la *Política* [*Politeia*], tal como la tenemos, muestra en rasgos generales que el autor trabajó con un plan definido. Sin embargo, el análisis ha demostrado que tal estructura se construyó mediante la combinación de partes escritas en tiempos diferentes. Aquí también gran cantidad de detalles permanecen en duda, aun cuando se han podido señalar largos trazos y fecharlos de manera autorizada. Jaeger coloca al comienzo de los libros VII y VIII la discusión sobre el estado ideal. El II y III se fijaron antes de estos a modo de introducción: de manera que podemos reconocer en estos cuatro libros la *Politeia* original, compuesta en Asos. Claro está que algunos problemas difíciles quedan sin resolver, especialmente los relacionados con la clasificación cronológica del 1. II. Sin embargo, en su conjunto, [los críticos] están acordes en que los IV - VI deben relegarse al segundo período ateniense...”.

La discusión podría prolongarse, y sólo queremos dar una idea de la segunda teoría sobre el orden tradicional de los libros. La primera da más lógica al nexo del razonamiento, pero permite desvincular la unidad del sistema político del “más sistemático y más regularmente lógico de todos los filósofos” (47). La segunda no carece de lógica, más aún, es el único y coherente orden lógico. Es, además, el que nos dan los manuscritos respaldados por la antigüedad de una tradición que se remonta por lo menos al s. III a. C.

Pero Aristóteles mismo quiso ese orden. Al comienzo trata de los fundamentos sociales de la *polis* —la familia y los elementos que la constituyen— dejando para más tarde la teoría de la *polis* y de las *politeias*. Al final del 1. I trata del matrimonio y de las mujeres, lo cual le lleva naturalmente a considerar (1. II) los puntos de vista de Platón sobre el matrimonio y la situación de las mujeres, para luego pasar al conjunto de teorías políticas de este y de otros autores de utopías. Al estudio de los mejores proyectos de *politeias* corresponde normalmente el de los gobiernos existentes más notables. Todo esto, sin embargo, no permite al filósofo establecer todavía un plan nuevo de *polis* ideal, sin conocer los elementos necesarios de toda *politeia*, lo cual es el tema del 1. III. A la exposición teórica se sigue un estudio detallado de las diversas *politeias*, objeto de los 1. IV - VI. Finalmente, basado en los datos obtenidos del examen preliminar, traza en los 1. VII y VIII su propia concepción de la *politeia* ideal, específicamente distinta de cada uno de los tipos estudiados.

Resumiendo: “la explicación más sencilla —escribe Th. Case (48)— es que Aristóteles comenzó por escribir disquisiciones separadas, cuatro por lo menos, sobre temas políticos. Y continuó redactándolos, y quizás combinándolos. Mas al final no acabó y dejó sin terminar y en desorden la *Politeia*. Pero comentadores modernos, poseídos por la falacia de que Aristóteles, como un autor moderno, debió desde el principio haber contemplado un tratado completo en orden regular para publicación definida, se pierden en vanas disputas sobre si seguir el orden tradicional de los libros indicado por sus cartas y que se sabe existió, desde el resumen (dado en Estobeo, Ecl. 2, 7) atribuido a Dídimos (s. I a. C.), o poner el grupo VII - VIII, como más conectado con I, II y III, antes del grupo IV, VI, y este antes del libro V. Se ha acordado, dice Zeller, que el orden tradicional contradice el plan original. Pero ¿qué derecho tenemos para decir que Aristóteles tenía un plan original?”. Hasta aquí Case.

d) *El estudio preliminar y las introducciones*

La presente edición es obra de colaboración intensa. El estudio introductorio a la *Politeia* de Aristóteles, igual que los preámbulos a cada libro, y lo referente al pensamiento y doctrina del maestro griego, se deben a un especialista en ciencia

política. Es el profesor Ignacio Restrepo Abondano. A él ha correspondido la delicada labor de exponer y comentar esta obra maestra del Estagirita. Además de la profundidad y enfoque personal y moderno de estos estudios, es oportuno hacer notar que, al menos en nuestro idioma, es la primera vez que un politólogo, que es al tiempo un filósofo, examina la *Politeia* como tratado político y no meramente filosófico, según se ha estilado hasta ahora.

El Profesor Restrepo Abondano, graduado en el Institut d'Etudes Politiques de París y exdirector del Programa de Estudios Políticos de Postgrado de la Universidad Javeriana, hace su original estudio sin seguir la línea clásica de los análisis sobre la obra del Estagirita. Estos suelen girar sobre los aspectos filosóficos, mientras Restrepo Abondano toma como punto de vista al "científico político" que fue Aristóteles. De esta manera se interesa por la metodología puesta en práctica en la Política (*Politeia*) y en los contenidos originales del mismo. El análisis del trabajo aristotélico en sí mismo, como obra de científico político y como legado para la moderna ciencia política, son los aspectos dentro de los cuales se mueve el estudio del Prof. Restrepo Abondano.

Este pudiera ser, si alguno tiene, el mérito principal de la presente edición, destinada a gente culta y, de manera especial a la juventud universitaria, interesada más, día a día, en estos temas de actualidad perenne. El genio sobrevuela los siglos, las instituciones y los múltiples ensayos en la dirección política de los hombres: ahí tenemos a Aristóteles, con su visión clarísima, enseñándonos todavía lecciones realistas de organización, de armonía y de paz.

e) *La grafía*

1. Si hemos traducido, y empleado voces nuevas, justo era escribirlas en castellano, con grafía correcta, no al capricho, sino según las normas del idioma. No podemos decir *tribu*, por ejemplo, hablando de los griegos, porque tal palabra no corresponde a *phyle*; pero esta última grafía no es la usual entre nosotros (49); por consiguiente escribimos *file* simplemente, así como la Real Academia escribe *fratría* (del gr. *phratría*). Y lo mismo en multitud de casos: *Boule*, *proboulos*, *aisymnetos*, *otakoustai*, etc., han sido transcritos, como normalmente deben

pronunciarse y adaptarse al español: *bule*, *probulo*, *esimneta*, *otacusta*, etc.

Es verdad que *Politeia* debiera, lógicamente, llevar en español la desinencia -ía: como *apatheia* da *apatía*, *antipatheia* antipatía, *autarkeia* autarquía, *dinasteia* dinastía, *douleia* dulía, *eironeia* ironía, *elegeia* elegía, *energeia* energía, *epifaneia* epifanía, etc. Así, en realidad, la usan —a su manera— los ingleses *Polity*, y los franceses *Politie*. Sólo que, en castellano, puede dar cabida a un equívoco fonético, ya que *politía* suena casi *policía*. Por eso, en aras de la claridad, escribimos siempre *Politeia*, como ahora se habla de la *Paideia* helena. Y no siempre la lengua es lógica: *pedagogía*, *paidología*, *paidónomo* tienen como primer componente la raíz *paid-* (de *pais*, niño); y si el diptongo se vuelve *e* en los pedagogos, también en los otros debiera ser así. Caprichos del lenguaje.

2. Hemos incluido, además, entre corchetes o paréntesis angulares [] ciertas palabras, expresiones o añadiduras aclaratorias del sentido, que no pertenecen al original. Sin embargo, con el objeto de no hacer demasiado estorbosa la lectura, hemos indicado solo buena parte de estos, sin ser exhaustivos.

Son una mera indicación: porque el estilo del gran Estagirita es conciso en las palabras, dentro de una extraordinaria precisión de pensamiento —no expresado muchas veces—, que obliga al traductor, o a ser literal arriesgando a que el sentido quede como en el aire, o a dar rodeos, o sencillamente a completar la idea [entre corchetes], para indicar que eso no está expresado directamente en el original. La impresión que puede sacar el lector es que el político-filósofo no es siempre diáfano en la formulación de las ideas (que se le quedan muchas veces adentro sin que el idioma baste para decirlo todo), o que otra lengua ajena al griego no sabe expresar lo que está pensando Aristóteles.

Añádase que el original supone que, quien estudia al Estagirita, está familiarizado con el mundo helénico de entonces, vale decir, del siglo IV antes de Cristo, y con el lenguaje popular de los ciudadanos de esas *polis*, y los discípulos que escuchan al Maestro peripatético.

3. Por otra parte, una traducción nueva debe llenar la expectativa de quienes anhelan leer hoy, en castellano, la *Poli-*

teia. Compromiso realmente impresionante para quien, con más voluntad que talento, va a entregar al público de habla hispana este libro.

Por eso insistimos en que nuestra versión tiene pretensiones modestas. La lengua griega es expresiva y, en boca de Aristóteles, concisa y rica —y *dicendi quoque incredibili quadam cum copia, tum etiam suavitate* (50)—, vehículo de ideas nuevas, de una mentalidad helénica precisa y sabia. Al mismo Lucrecio, poeta-filósofo de Roma, parece —hablando en general de la lengua griega— ardua tarea semejante empresa, por la carencia de términos exactos y por la originalidad de pensamiento de ese pueblo privilegiado. No es fácil trasladar las invenciones de los helenos presentándolas en versos latinos, dice; a lo cual se agrega la novedad de las ideas y del vocabulario:

*Nec me animi fallit Graiorum obscura reperta
difficile inlustrare Latinis versibus esse, multa novis
verbis praesertim cum sit agendum propter egestatem
linguae et rerum novitatem* (51).

II — LOS MSS DE LA POLITEIA

La erudición moderna cree que la *Politeia*, más que notas para la exposición oral, son memorandos (*πολιτευματα*) posiblemente escritos después de clase (52), a fin de preservar una como memoria de los principales resultados de las discusiones vivas, de las conversaciones con los discípulos (53), pero reelaboradas y enriquecidas con adiciones posteriores que ahora, por culpa de editores y copistas, parecen inadaptadas a veces al contexto en que se encuentran. Las clases se repiten año tras año ante un auditorio escogido, que toma apuntes, los cuales circulan luego dentro y fuera de clase, y se aprovechan para el estudio individual. Con el tiempo, de esas notas que esperan una última revisión del maestro, se forman estos libros.

La *Politeia* es, pues, la síntesis, el resultado de esa lenta elaboración, en que se advierten señales de etapas sucesivas de un pensamiento en continua evolución. Y no es raro que hayan podido añadirse, con el tiempo, hojas suplementarias o notas marginales que quedaron fuera en la edición definitiva. Recordemos el calvario de la transcripción de las obras antiguas.

Todo eso es posible: en su estado actual esos λόγοι contienen numerosas frases que más parecen dictadas que escritas, y digresiones (54), rupturas de construcción (55), transiciones abruptas (56), paréntesis (57), pasajes sospechosos (58), interpolaciones (59), transposiciones (60), pasajes corruptos (61), notas marginales (62). No faltan, además, repeticiones e irregularidades o incoherencias en libros sucesivos, como hemos explicado, o en partes de uno mismo (63). La obra, pues, pudiera considerarse más una cantera de argumentos y teorías que una pieza de literatura artísticamente construida (64). De ahí la dificultad para el traductor al pasar a otra lengua algo que, si es familiar a los discípulos del Estagirita, es extraño a los lectores de hoy. Y Aristóteles, como sabemos, concede quizás más importancia a la enseñanza oral que a la escrita (65).

Pero, ¿cuándo fue escrita la *Politeia*?

Aristóteles nace en 384 a. C. Una alusión que aparece en el 1. V (cap. 10, 1312b) dice de pasada que “ahora” *νῦν* acaba de ocurrir la expedición de Dión a Sicilia, es decir, en 357 a. C., o sea cuando el autor tiene 27 años de edad. En otras palabras, para esa fecha se está redactando este libro. Claro es que el autor describe gráficamente hechos aislados, pero es difícil que los mencione como ocurridos ‘ahora’ si redacta mucho más tarde. En otro lugar, (Tít. II cap. 10, 1272b) dice que “recientemente” (*νεωστί*) pasó la expedición a la isla de Creta: hecho sucedido a finales de la Guerra Sagrada (346 a. C.), vale decir, once años después de la antes mencionada. Más aún, hay eventos muy posteriores, como el asesinato de Filipo II de Macedonia (336 a. C. (66)), o sea, veinte años posterior al primer suceso que mencionamos arriba.

De donde se concluye que la *Politeia* comienza a escribirse por el 357 a. C., diez años después de estar trabajando en ella, en 336 todavía se elabora y se prosigue hasta la muerte del Estagirita (322 a. C.), y se queda sin terminar (67).

* * *

Fuentes antiguas refieren que una colección inmensa de experiencias, hechos históricos y datos científicos recogidos por Aristóteles y algunos de sus colaboradores, se perdieron, si no son los reducidos fragmentos que subsisten (68). Incluso, diálogos escritos en la mocedad del filósofo, cuando este frecuenta la Academia de Platón, se perdieron. He ahí uno de los inte-

rrogantes más curiosos en la historia del pensamiento clásico. ¿Por qué precisamente Aristóteles? El hace alusión a esas obras perdidas, destinadas al gran público (69), denominadas por eso mismo *exotéricas* (70).

Diógenes Laercio (71), que escribe en el siglo II ó III de nuestra era, habla de la notable producción escrita de Aristóteles, “como puede verse en el catálogo de sus obras que hemos dado arriba —dice—, las cuales llegan casi a las cuatrocientas, pero sólo contando aquellas cuya autenticidad no se disputa. [Digo esto], porque muchas obras escritas se atribuyen a él...” (72). También en historias literarias se alude a los escritos perdidos (73). Otros dos catálogos de las obras de Aristóteles han sobrevivido, uno publicado por Hesiquio, y otro por Ptolomeo el Filósofo (74).

Lo curioso es que los escritos dirigidos al gran público fuera del Liceo sean los perdidos, mientras que subsisten únicamente los *esotéricos*, los destinados a los discípulos.

Pero ¿cómo se perdieron? Para comprenderlo tenemos que saber cómo se fueron transmitiendo los manuscritos que ahora poseemos. Nos llevaría muy lejos la historia de todo el *corpus aristotelicum*; nos limitaremos a las vicisitudes de la *Politeia*.

Al morir el maestro (322 a. C.), su biblioteca es heredada por su discípulo y sucesor Teofrasto de Lesbos, doce o quince años más joven que él. Tal es la voluntad del filósofo. Teofrasto fallece treinta y cuatro años después, dejando los manuscritos del maestro a Neleo de Escepsis, quien vive en Tróade (Asia Menor). El testamento —según Diógenes Laercio (75)— reza: “...Dejo a Neleo toda mi biblioteca. El jardín y el paseo con todas las casas aledañas al jardín, todo y las pertenencias las dejo y lego a los amigos míos que voy a enumerar en seguida, a fin de que allí puedan desear estudiar las letras en común... El grupo consta de Hiparco, Neleo, Estratón, Calino, Demótimo, Demárato, Calístenes, Melantes, Pancreón y Nicipo”.

Neleo es también peripatético, discípulo otrora del Estagirita en Asos, y es mencionado en las obras didácticas del maestro. El nuevo dueño lleva consigo al Asia los manuscritos y la biblioteca del Estagirita. A estos se agregan los apuntes particulares de Teofrasto. Otros muchos volúmenes son recogidos por los estudiantes del Liceo, porque a la cabeza de este ha quedado

un hábil físico de nombre Estrabón, y los alumnos deben ahora contentarse con repetir las doctrinas conocidas del filósofo de Estagirita (76).

Pero los herederos de Neleo se ven un día precisados a esconder los preciosos manuscritos en una cueva, con peligro de que la humedad y las alimañas los deterioren, y los ocultan por temor a la manía de los Atálidas (de Pérgamo), quienes andan recogiendo materiales para su biblioteca, émula de la de Alejandría. Neleo, sin embargo, ha vendido ya gran parte de la biblioteca del Liceo al rey Ptolomeo Filadelfo, biblioteca que abarcaba la inmensa colección reunida por Aristóteles y su sucesor, aun cuando sí se retiene mucho de los manuscritos personales del maestro y de Teofrasto (77).

Pues bien, ciento ochenta y siete años después, son desenterrados y vendidos —los de Aristóteles y su discípulo— al rico coleccionista Apelicón de Teos (comienzos del S. I a. C.), quien ordena hacer una copia, deficiente por cierto, según los entendidos. Mas con esto no paran de correr peligro.

Apelicón es más bibliófilo que filósofo —dice Estrabón (78)—, y estos libros se quedan sepultados de nuevo en el polvo, carcomidos por las plagas, sin quien los organice y divulgue. Hasta ese momento las obras de Aristóteles han permanecido desconocidas para el mundo, y solo circulan tratados, hoy perdidos.

Pero el general romano Lucio Cornelio Sila, vencedor de Mitrídates, conquista la ciudad de Atenas (86 a. C.), se apodera de la biblioteca de Apelicón, se lleva los originales a Roma, y los coloca en lugar seguro. Allí son revisados cuidadosamente por los entendidos, como Tiranión, el gramático, amigo de Marco Tulio, quien los publica, y por Andrónico de Rodas, filósofo peripatético. Este último (50 a. C.) hace visibles adiciones, cambios de orden, arreglos según tópicos determinados, y publica una edición, que es la base de los textos que tenemos hoy (79). Intento plausible e inteligente el suyo, pero estorbado por el ansia y la urgencia de los negociantes de libros que necesitan copias rápidas para la venta.

Tal es la historia, quizás dudosa pero no improbable, que refiere Estrabón (80). Ateneo (81) añade otros datos, como el de cierto caballero romano, espléndido y culto, de nombre Lorenzo (Laurentius), quien nombrado *flamen dialis* o Pontífice,

refiere que en casa tiene una colección de los autores griegos más célebres, entre otros “los de Aristóteles y de Neleo, que [fue quien] preservó las obras de Aristóteles, [y] de quien nuestro rey Ptolomeo Filadelfo los compró todos (82), [y] los colocó junto con los que había comprado en Atenas y en Rodas, y los trajo a la bella [ciudad de] Alejandría”.

Pero, tornando a Roma, los textos sufren mutilaciones durante las guerras civiles, de manera que el proceso de reconstrucción de los textos originales, ya desde esa época, es tarea bien difícil, sujeta a multitud de errores y confusiones. Por fortuna el filósofo se repite con alguna frecuencia en los diversos tratados. Y sólo la inteligencia y el cuidado infinito de filólogos, paleógrafos y críticos han hecho posible la recuperación de las doctrinas básicas del sabio y la reconstrucción del sentido de las palabras.

La capital del mundo, pues, se va a convertir ahora en el centro de la cultura aristotélica, como Atenas lo es de la platónica. Todos los grandes eruditos del Estagirita, en los dos o tres primeros siglos del cristianismo, o son ciudadanos romanos —como Flavio Boeto—, o se han establecido en Roma —como Andrónico, Tiranión y Galeno (83)—. Más aún, cuando hasta la lengua griega deja de estudiarse allí, todavía les queda en el siglo VI una vaga noticia del filósofo en las versiones y comentarios de Boecio, quien es prácticamente el introductor del Estagirita en Occidente. La idea de Boecio ha sido la de fabricar un puente entre las dos culturas, la griega y la latina, mediante la traducción de los libros de ciencias que preparen la mente para la filosofía (84).

Es precisamente en los mil años que van desde el colapso de la civilización antigua (s. V) hasta el comienzo del Renacimiento Clásico (s. XV) cuando el influjo de Aristóteles es más fuerte y más difundido (85). Pero el estudio del Estagirita en la Edad Media es el del filósofo en versiones latinas, no en el original. Con la fundación de las Universidades medievales, en especial de las más grandes —Oxford, París, Cambridge— penetra en los s. XII y XIII el Estagirita en ellas.

Un conocimiento nuevo de sus obras llega de Córdoba en España y de Constantinopla. Es, en efecto, una de las autoridades de la historia de la erudición el proceso de la transmisión de los varios escritos del sabio heleno en el occidente latino

(86). Córdoba (s. XII) es una de las grandes sedes de la erudición árabe. Ya desde el año 800 estudian ellos las obras de que hablamos, en especial la física, metafísica y psicología. La tradición de Aristóteles, además, ha sobrevivido entre los sirios. Los árabes conquistan ese país en el s. VII y allí adquieren la tradición. Grandes comentaristas sobresalen entre los árabes, en especial Ibn-Sina (Avicena), que vive en Oriente y muere en Hamadán (1037), e Ibn-Roshd (Averroes) que vive en la España árabe y muere en Córdoba (1198).

Hacia 1200 comienza la penetración de comentarios y paráfrasis en Occidente, en forma por demás curiosa: traducciones latinas de exégesis árabes, meras transliteraciones a veces, ni siquiera versiones directas sino a través de interpretaciones hebreas, no basadas en todo caso en el griego sino en versiones arábicas que, a su turno, provienen de versiones siríacas, con puntos de vista doctrinales que ni el mismo Estagirita reconocería. Tal es el Aristóteles que Occidente recibe de los árabes (87).

Un Aristóteles más reconocible y sobrio es el que transmite Constantinopla. En 1204 los latinos toman la ciudad. Es la cuarta Cruzada. El clero de Occidente se establece en el imperio bizantino, y aprende el griego, y se encuentra con los manuscritos griegos. Por otra parte, dos frailes dominicos —Guillermo de Moerbeke (o Meerbeke) en Flandes, y Enrique de Brabante, instados por un gran sabio —Santo Tomás de Aquino— y alentados por el Pontífice Urbano IV, emprenden la traducción y revisión de las obras del Estagirita (1260-1270). Precisamente en 1260 se termina la versión —fiel aunque poco literaria— de la *politeia*, en lengua latina (que había comenzado Boecio y lleva a su clímax Meerbeke) (88).

El dominico flamenco Guillermo de Meerbeke es uno de los hombres más eminentes en el s. XIII. Gran erudito, conoce muy bien el árabe, el hebreo, el griego y el latín. De muy joven ingresa en la Orden de Santo Domingo; en 1277 es nombrado arzobispo de Corinto; se relaciona con los sabios de la época y se dedica a la propagación de la ciencia griega por medio de sus traducciones literarias latinas. La de la *Politeia*, aun cuando criticada duramente por Rogerio Bacón, es la fuente más antigua que poseemos para comprobar el manuscrito de la *Politeia*, con la cual adquiere derecho de ciudadanía en Occidente. Bacón le echa en cara dizque su ignorancia del griego: “Willielmus iste Flemingus, ut notum est omnibus Parisiis

literatis, nullam novit scientiam in lingua graeca, de qua prae-sumit, et ideo omnia transfert falsa et corrumpit sapientiam Latinorum” (89). Juicio realmente injusto al parecer, pero que se explica por la crítica no menos severa de Sepúlveda, quien da a entender que la razón es el haber traducido literalmente por buscar la máxima fidelidad: “Vix enim eos in numero interpretum habendos puto, qui varbum verbo inepta quadam fidelitate reddunt” (90).

Es así, pues, como Santo Tomás, San Alberto Magno, Siger de Brabante, Pedro de Auvernia, Egidio Romano y multitud de filósofos posteriores, a lo largo de la Edad Media conocen al Estagirita. El de Aquino lo estudia con espíritu nuevo, profundiza en él, lo comenta y concluye —mil seiscientos años después de la muerte del filósofo de Estagira— que los puntos de vista de éste, bien pueden coordinarse con la revelación cristiana.

Desde el s. XIV al XVI se multiplican las versiones —nos referimos en concreto a la *Politeia*—: por ejemplo, la de Nicolás de Oresme (1486) suplantada por la de Loys Le Roy (1568); la de A. Bruccioli al italiano en 1547; la de Juan Ginés de Sepúlveda, de Córdoba, en latín (1548); la de Pedro Simón Abril (1584) al español; la de “J. D.” del francés de Le Roy al inglés (1598), y algunas más.

Con el nacimiento de la ciencia moderna, que trata de escapar a las tradiciones y dogmas medievales, Aristóteles es dejado de lado. Pero desde el siglo XIX se le ha resucitado, y ahora se ha vuelto a profundizar en su pensamiento, se le ha comprendido y se ha captado una vez más que el Estagirita no pertenece al vulgo: Aristóteles, afirma Dante Alighieri, es *el Maestro de los que saben* (91).

No podemos terminar este estudio preliminar sin añadir una palabra de gratitud al R. P. Alfonso Borrero, S. J. quien, siendo Rector Magnífico de la Pontificia Universidad Javeriana, nos propuso —al Comentarista y al Traductor— su idea de realizar la presente obra. El fue quien nos animó, y con su característico optimismo, simpatía y penetración universitaria nos sostuvo para comenzar y acabar empresa tan difícil como la que por fin podemos presentar a los estudiosos de habla hispana. Para él nuestra gratitud, y que todo sea *ad maiorem Dei gloriam*.

NOTAS

(1) Por Manuel Briceño Jáuregui, S. J. Hemos empleado el texto griego de Oxford: *Aristotelis Politica recognovit brevique adnotatione critica instruxit* W.D. Ross, Oxonii e Typographeo Clarendoniano (1973). (First published 1957).

(2) *cf.* Julián Marías y María Araújo, *Aristóteles, Política*, Edición bilingüe y traducción, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1951, pág. LXVI.

(3) *id.*

(4) Aristóteles, *La Política*, [Edición bilingüe], Versión española, notas e introducción, México, Universidad Nacional Autónoma, 1963.

(5) Aristóteles, *Obras*, Traducción del griego, estudio preliminar, preámbulo y notas, Madrid, Aguilar, 2a. ed. 1973.

(6) *La Política*, Aristóteles, con un estudio preliminar, bibliografía y traducción directa del griego, Barcelona, Ed. Bruguera (1974).

(7) No son ni muy antiguos (s. XV), ni muy seguros en lo referente al detalle de la expresión, aunque sí son constantes y definidos en lo tocante al pensamiento.

(8) *cf.* W. L. Newman, *The Politics of Aristotle*, Oxford, Clarendon Press, 1887, (Reprint 1973 Arno Press), t. II, págs. XXXV - XXXVI.

(9) *ibid.*, págs. XXXII - XXXIII.

(10) Cic., *De nat. deor.* 1, 44: "A las cosas nuevas hay que darles nombres nuevos". El mismo Cicerón añade en otro lugar (*De Fin.* 3, 1, 3): *nobis, quibus etiam verba parienda sunt imponendaque nova rebus novis nomina*, para justificar los neologismos que emplea en latín a fin de expresar las ideas correspondientes que halla en el original griego.

Por otra parte, muchos términos que en nuestra versión podrían algunos tachar de neologismos ya figuran en el Diccionario de la Real Academia Española (como haremos notar oportunamente). No sabemos por qué los rehuyen los traductores. Si la *Política* es una ciencia nueva por qué no ha de tener derecho a una terminología propia, así sean neologismos —bien formados, desde luego— y a los viejos tecnicismos que emplea el sabio de Estagira.

(Para la forma *Politeia*, y no *Politía* o *Politeya*, *cf.* "paideia", "paranoia").

(11) M. Defourny, *Aristote, Etude sur la politique*, Paris, 1932, págs. 466-467.

(12) *Pol.* I, 2, 1253a; VII, 8, 1322a.

(13) *ibid.*, III, 1276b.

(14) *ibid.*, II, 2, 1261a.

(15) *ibid.*, I, 6, 1254a.

(16) *ibid.*, I, 2, 1253a.

- (17) Jean Aubonnet, *Aristote, Politique*, Paris, "Les Belles Lettres", 1968, t. I, pág. 105 n. 2.
- (18) 1278b.
- (19) 1279a.
- (20) 1289a.
- (21) 1289b.
- (22) 1290a.
- (23) 1292a.
- (24) 1293a.
- (25) 1295b. Cfr. J. Aubonnet, *o.c.*, t. I, pág. 134 n. 6.
- (26) W.D. Ross en su *Praefatio* a la edición griega de Oxford (OCT), 1973, págs. VIII-IX.
- (27) Ernest Barker, *The Politics of Aristotle*, Oxford, Clarendon Press (1968), págs. 152-153.
- (28) Roger D. Masters, *The case of Aristotle's missing Dialogues*, en *Political Theory*, An International Journal of Political Philosophy, vol. 5 N° 1, Feb. 1977, págs. [34-35] y [51-52] n. 14.
- (29) *ibid.*
- (30) *ibid.*
- (31) *ibid.* págs. [35-36], cf. W. L. Newman, *o.c.*, t. I, pág. 43.
- (32) *o.c.*, t. II, págs. XXI - XXII.
- (33) *ibid.*; t. I, pág. 292s.
- (34) *ibid.*, pág. 295s.
- (35) *ibid.*, t. II, pág. XXIII.
- (36) *ibid.*
- (37) *ibid.*, págs. XXVI - XXVII.
- (38) *l.c.*
- (39) 1181b.
- (40) 1316b; 1317a; 1319b.
- (41) R. Masters, *o.c.*, pág. [37].
- (42) *ibid.*
- (43) *De fin.* V, 4, 11.
- (44) *De leg.* III, 5-6, 12-14.
- (45) Para el comentario, v. R. Masters, *o. l.*, págs. [38-39] y n.
- (46) Albin Lesky, *A History of Greek Literature*, London, Methuen, pág. 569.
- (47) J. Aubonnet, *o.c.*, t. I, págs. CV - CVI.
- (48) *Encyclopaedia Britannica*, Cambridge, C. U. P., 1910, 11th. Ed., Aristote, pág. 509 b. - Las teorías más importantes en este problema son las de W. Jaeger, *Aristotle*, tr. by R. Robinson, Oxford, 1948, 2nd. Ed., y la de H. von Arnim, *Zur Entstehungsgeschichte der Aristotelischen Politik*, Vienna, Leipzig, 1924.

(49) "Las grafías con *y* y otras consonánticas como *ph*, *th ps-*, etc., en palabras de origen griego, han sido casi totalmente eliminadas de la escritura española". (Real Academia Española, *Esbozo de una Nueva Gramática de la Lengua Española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1978, pág. 121 n. 6).

"...Respeto el culto de la tradición y de la antigüedad que va implícito en esta afición a escribir los nombres griegos conforme a su original ortografía; sobre todo cuando se trata de nombres raros, pues sería ridículo escribir a estas alturas Achilleus, Aigyptos, Aischines, Odysseus, Ptolemaios..." (Félix Restrepo, S.J., *La simplificación de la ortografía*, en *Boletín de la Academia Colombiana*, t. VII, n. 22, Bogotá, 1957, pág. 151.

(50) "De cierta abundancia y suavidad increíbles". Cic., *Topica*, 1,1.

(51) *De Rerum Natura* 1, 136-139:

"No se me escapa lo difícil que es expresar con claridad, en versos latinos, los profundos descubrimientos de los griegos, sobre todo cuando muchas cosas deben tratarse con palabras nuevas, dada la pobreza de nuestra lengua y la novedad de los temas". Y agrega el poeta (vv. 140-145): "Pero tu dulce amistad, oh Memio, me anima a pasar las noches serenas en blanco tratando de hallar esos vocablos y la manera de presentar a tu inteligencia con luz clara las cosas oscuras, a fin de que tú las examines"...

(52) Cf. Richard Shute, *On the History of the Process by which the Aristotelian writings arrived at the present form*, Oxford, Clarendon Press, 1888, págs. 3 s.

(53) Cf. *Encyclopaedia Britannica*, 1956, s.v. Aristotle.- M. Dufour, édit. *Rhétorique*, L, Intr., pág. 19 s. Cf. H. W. C. Davis, *Introduction to Aristotle's Politics* translated by Benjamin Jowett, Oxford, Clarendon Press, 1948.

(54) *Pol.* VI, 10, 1329a. Para esta y los sig. cit., cf. J. Dubonnet, *o.c.*, pág. XCVIII - XCIV, nn.

(55) *Pol.* cf. V, 6, 1306b.

(56) III *init.*; IV *init.*; V *ad fin.*; VI *ad fin.*

(57) Cf. II, 12, 1274b; IV, 9, 1280a; VII, 3, 1325a.

(58) Cf. III, 17, 1288a; VII, 9, 1329a,b.

(59) C. VIII, 7, 1342b.

(60) IV, 12, 1296b; 1297a antes de IV, 9, 1294b; V, 10, 1312a después de 1312a; VII, 12, 1331b antes de 1331a; VIII, 5, 1340 a 12-14 después de 1340 a 23.

(61) IV, 15, 1300 a-b.

(62) Cf. II, 4, 1262a, b; III, 13, 1284b; V, 6, 1306a; VII, 8, 1328a; VIII, 4, 1338b.

(63) W. D. Ross, *Aristotle*, Oxford, OUP, 1955, pág. 327.

(64) J. Dubonnet, *o. 1.*, pág. XCVIII.

(65) Cf. I. Errandonea, S. J., Ed., *Diccionario del Mundo clásico*, Barcelona, Labor, 1954, s.v. Aristóteles.

(66) Cf. V, 10, 1311 b.

(67) Cf. *Encycl. Britann.*, Cambridge, C. U. P., 1910, 11 th. Ed., s.v. Aristotle, pág. 506 b - 507 a.

(68) Las obras del filósofo suelen dividirse en tres grupos: a) Los exotéricos o populares, en diálogo probablemente, destinados a un amplio círculo de lectores. Sobreviven fragmentos. b) Colección de materiales científicos. c) Científicos y filosóficos, que han sobrevivido en gran parte. Cf. A. Lesky, *o.c.* págs. 579-580.

(69) v.g. en la *Pol.*, III, 4, 1278b; VII, i, 1323a.

(70) Véase nota 68.

(71) *Vidas de eminentes filósofos*, V, 22-27.

(72) *ibid.*, 34.

(73) A. Lesky, *o.c.*, pág. 553.

(74) *ibid.*, págs. 552-556.

(75) *o.c.*, V, 2, 52.

(76) Dióg. Laercio, *o.c.*, II, 4, 65-66.

(77) Edward Alexander Parsons, *The Alexandrian Library*, Amsterdam, Elsevier, 1972, págs. 12-15, 163.

(78) 13, 54.

(79) Véase R. Shute, *o.c.*, págs. 47s.

(80) *ibid.*, cf. *Plut.*, *Sulla*, 26.

(81) i, 2b-3b.

(82) ¿Todos? Quizás algunos originales y el resto, copias. O más posiblemente, compró los originales y devolvió las copias exactas, cosa que él solía hacer. Así R. Shute, *o.c.*, pág. 32 y 43s.

(83) *ibid.*, pág. 52.

(84) Cf. P. Courcelle, *Les Lettres grecques en Occident de Macrobe à Cassiodore*, Paris, 1943, págs. 260 - 278.

(85) *Encycl. Britam.*, 1956, s. v. Aristotle.

(86) *ibid.*

(87) *ibid.*

(88) W. L. Newman, *o.c.*, t. II, pág. XLIV.

(89) Cit. por W. L. Newman, *ibid.* - cf. A. Jourdain, *Recherches critiques sur l'âge et l'origine des traductions latines d'Aristote*, 2a. éd., Paris, 1893, pág. 67.

(90) *ibid.*

(91) *Infierno* IV, 131: *il maestro di color che sanno. cf. Conv.*, 4, 2, 16: *lo maestro de la umana ragione.*